

TÓXIKA

Francesc Xavier Parera Gutiérrez

TÓXIKA

I

-¡Por favor, caballeros! –exclamó un médico ante el resto de sus colegas en la sala de conferencias-. Estamos en el Londres del siglo XIX. No nos arrastremos por fantásticas narraciones de Hoffmann, Poe o el Frankenstein de Mary Shelley.

Después de esas palabras el resto de facultativos dirigieron severas miradas al centro de la sala donde se hallaban un viejo doctor, una mesa, unos frascos de diversos líquidos, un par de ratas muertas y un artefacto semejante a un casco conectado a un pequeño generador.

-Sus ideas son un atraso para el imparable mundo de la Ciencia –replicó el anciano-. Diversos venenos como el arsénico, el cianuro o el curare se pueden aplicar con reguladas dosis sobre una persona fallecida y despiertan los tejidos sin vida. Si a eso, añadimos pequeñas descargas de electricidad...

Al escuchar el siniestro discurso, los asistentes no permitieron hablar a Richards y con gritos y golpes en sus respectivas mesas pidieron que se marchase.

El individuo abandonó la Facultad de Medicina mientras arrojaba maldiciones a sus colegas. Luego un tribunal del Colegio de Médicos no aceptó sus tesis pues sería un escándalo para la conservadora mente del pueblo británico. Ordenaron su inmediata expulsión y además la inhabilitación de su oficio. No podría ejercer su profesión en Inglaterra.

Amargado por el fracaso, preparó su escaso equipaje y su diario con las anotaciones de sus experimentos y sus resultados. Con sus ahorros pagó un pasaje en un pequeño barco de vapor que atravesó el Canal de la Mancha para llegar a las costas francesas. Se instaló en una siniestra mansión del barrio parisino de Montmartre, cerca del cementerio. Y en unas estancias subterráneas de la casa Richards tuvo tiempo y medios para proseguir sus pruebas.

II

-¿Crees que ese viejo está loco? -preguntó Hans a otro hombre mientras se acercaban con palas, picos y cuerdas a una tumba del cementerio en la noche.

-Posiblemente, pero nos paga muy bien -contestó Herbert.

-Estoy harto de este trabajo. Un día nos cogerá la policía y acabaremos en la prisión. No nos servirá de nada las cuantiosas sumas de francos que nos da.

Los dos sepultureros del camposanto de París comenzaron a levantar la lápida de la tumba con dificultad. Luego sacaron el pesado ataúd que habían enterrado aquella misma tarde y lo abrieron para contemplar una hermosa muchacha de cabello negro, ataviada con un lujoso vestido y joyas. No parecía una muerta.

-Esta vez ese viejo estará contento -comentó Hans-. Se trata de Liliana, la esposa del marqués Goldour. Joven y hermosa, ha muerto misteriosamente y... Es curioso... pronto su marido ha querido que fuese enterrada. Nosotros que proporcionamos la materia prima a Richards siempre debemos estar pendientes de los diarios o de la página de

las esquelas. Según afirma el médico no deben pasar más de cuarenta y ocho horas después del fallecimiento. Esta vez no se quejará. Además nosotros salimos ganando también.

Los despiadados sepultureros cogieron las joyas de la difunta pero comentaron que después del experimento se quedarían con el vestido, pues cuando fracasaba, dejaban el cuerpo otra vez en su tumba. Sacaron el cadáver para depositarlo sobre un carro y volvieron a dejar el ataúd cerrado y la lápida sobre la fosa. Allí no había pasado nada. Los dos individuos salieron del cementerio por la otra puerta con el carro y la preciosa carga. Procuraban ir con cierta cautela pues no deseaban ser descubiertos por la policía. Afortunadamente para ellos, el camino conducía directamente a la apartada mansión de Richards.

III

-¡Estúpidos! –insultó el doctor en su laboratorio subterráneo-. Estoy ante un par de idiotas.

Los sepultureros pensaban que habían cobrado una buena pieza para los experimentos del viejo médico, pero no era así, pues en las pruebas previas había descubierto que la muchacha había fallecido por envenenamiento.

-Nosotros nos encargamos de enterrar a los muertos para la familia y desenterrarlos para usted –respondió Hans -. No estamos obligados a saber la causa de su muerte.

-Intentaré completar los experimentos, pero no me ilusionaré -profirió el anciano mientras inyectaba los venenos que conocía él .

Antes los había sacado de unas pequeños frascos y de unos reducidos tubos de ensayo. Una vez inoculados, puso

el casco en el cerebro de la muerta y electrodos repartidos por el tronco y sus extremidades. Según afirmaba el doctor, entre el citado veneno y las corrientes eléctricas, el estímulo se extendería en los tejidos muertos. Hans y Herbert estaban cansados de contemplar el mismo experimento, pues para ellos significaba una ceremonia macabra. No entendían el complejo mundo de la ciencia. Sin embargo el loco pagaba muy bien y luego se debían deshacer del cadáver.

En aquel instante entró Phillipe, un enano de rostro repulsivo, jorobado y cojo y el médico se enfadó ante su tardanza porque necesitaba su ayuda para las pruebas. El pobre y deforme hombre alegó que se había entretenido con unas damas en una casa. Los presentes se imaginaban dónde había ido el mayordomo de la mansión en su día libre.

Richards pulsó varios botones y dos pequeñas palancas, la corriente eléctrica se extendió sobre el cadáver, se movió con convulsiones, pero el resultado fue nefasto. Decepcionado, el viejo comenzó a insultar, mientras el enano quietaba los electrodos. Volvieron a coger la muerta y la depositaron en el carro otra vez.

Cuando los sepultureros regresaban al cementerio, se preguntaban por qué tendrían motivos para envenenar a Liliana, la dulce esposa del marqués.

IV

-Quizás el asesino haya sido el propio marido para quedarse con su parte de patrimonio -concluyó Hans ante la misteriosa muerte de la dama.

En aquellos momentos no advirtieron que la muerta que llevaban atrás se empezaba a mover, abría los ojos y

gemía levemente. Los sepultureros se quedaron perplejos y lentamente se giraron para ver cómo la muchacha se incorporaba y preguntaba qué había pasado. El miedo dominó a aquellos hombres quienes saltaron del carro y huyeron en la noche. La mujer con el vestido de tumba no entendía nada pues para ella era como si hubiese dormido varias horas. Cansada, intentó reunir fuerzas para dirigirse a la mansión de su esposo para saber qué había pasado. Bajó el carruaje y, ante el asombro de la ronda policial, la solitaria dama se encaminó a las afueras de París.

Cuando Liliana se halló ante la inmensa fachada de su mansión, rodeada de jardines y susurrantes fuentes, quiso entrar, pero la puerta estaba cerrada, llamó, gritó el nombre de su marido y los mayordomos y doncellas sin embargo el silencio fue su respuesta. Se acercó a los establos. Todavía estaban los caballos y su carruaje. Abrió una trampilla que conducía al pasillo de las cocinas sin problemas. La renacida se extrañaba ante tanta quietud pues la casa parecía deshabitada y también pensaba cómo había llegado así. ¿Qué había pasado en los veinticuatro horas anteriores?

Entró en la mansión y comprobó que nadie del servicio estaba por las diversas cámaras. Entonces se llevó su mayor sorpresa en la nueva vida que había adquirido. En su habitación encontró a su esposo ahorcado. Lanzó un desgarrador grito y, cuando se calmó, cogió un papel de su mano. Decía:

“Debes perdonarme, Liliana, pero fui yo quien vertió veneno en tu copa de vino durante aquella comida para apoderarme de tu patrimonio. Me arruiné en el casa de juego de Jesspés. No podré soportar la angustia de este crimen y por eso me quitaré la vida. Expulsé a la

servidumbre para actuar sin ser molestado. Perdóneme. Adiós.”

V

Ante la sombría carta, la muchacha volvió a gritar y recordó los últimos acontecimientos durante el banquete. Bebió vino, de repente se mareó y se desvaneció. Después los médicos debieron certificar su muerte y acabó en un ataúd. Pero... ¿Cómo había renacido? ¿Qué había pasado?

De momento conservó la calma, empezó a comer los alimentos que había en la despensa y a continuación pensó en su posible futuro. Ante la ausencia en la vida social de su marido pronto el paraje de llenaría de policías y curiosos, por tanto decidió vestirse con ropas de una doncella, cogió dinero que estaba intacto en su caja fuerte y abandonó la casa para alojarse en una oscura buhardilla de París. Allí se encerró durante los días que duró el descubrimiento del cadáver, la investigación, cerrar la casa y ponerla en venta porque ningún heredero la reclamaba. Ante un creciente miedo la muchacha permaneció unos días más escondida, pues temía ser reconocida pues Liliana era también una muerta.

Otra noticia también se difundió en los rotativos de la época. Los sepultureros de Montmartre fueron internados en el manicomio más peligroso de la capital. Las autoridades dijeron que les vieron proferir gritos de locura una noche. Y detuvieron a los dementes quienes alegaban entre frases incoherentes y estruendosas carcajadas que habían visto cómo el cadáver de la condesa renacía. Pronunciaron el nombre de Richards y la policía se presentó en su casa, pero el astuto médico se encargó de ocultar máquinas, tubos de ensayo, venenos y animales. El

doctor era sospechoso pero carecían de pruebas. Hans y Herbert acabaron en dos celdas aisladas y murieron allí.

Cuando pasó la tormenta que se desencadenaba sobre la sociedad parisina, Liliana salió de su buhardilla. Las calles estaban calmadas y nadie se acordaba de aquellos desagradables hechos. Se acercó a su mansión... Cerrada con un letrero "En venta". Recordó que en Inglaterra tuvo una prima, Mireille, que murió muy joven por tuberculosis. El parecido físico entre ellas era asombroso por tanto se encargó de arreglar los papeles y con su propio dinero volvió a comprar su casa en un mes. Ahora tenía una nueva identidad. Se llamaba Mirella de Goulmont y, después de contratar a otra servidumbre, vivió unos días relajados.

VI

De momento Madame Mirella acudía a la ópera, a fiestas, bailes y actos sociales para conocer a gente.

Como no tenía ningún compromiso tuvo entre sus ardientes brazos a numerosos amantes, algunos pertenecían a la aristocracia y estaban casados. Curiosamente después de largas veladas de amor tenían un hecho en común, fallecían horas o días después de estar con ella. En las autopsias los médicos veían que había muerto por envenenamiento, pero la gente que trataba con ellos decían que no tenían enemigos. Liliana se fijó en ese detalle a través de los diarios y por unas semanas contuvo sus deseos.

Entonces se dejó llevar por la intuición cuando leyó los titulares de otro diario. La policía vigilaba hacía tiempo al doctor Richards, una día su estudio ardió y las llamas devoraron su casa y sus estancias subterráneas con

sus secretos. Sin embargo consiguió escapar de la tragedia para acabar en la cárcel pues en Montmartre muchos testigos afirmaban que oían en su casa gritos y se sabía que continuaba sus experimentos con cadáveres. Fue culpable de la desaparición de varias muchachas, tanto vivas como muertas y el tribunal decretó la horca para ese sujeto.

En esos días el anciano estaba encerrado en una celda de máxima seguridad y entonces recibió una inesperada visita. El viejo palideció cuando vio que se trataba de Liliana a quien reconoció pronto. Ahora era Madame Mirella. La dama estaba tranquila pues aunque el viejo dijese que ella era objeto de sus investigaciones, nadie se creería las palabras de un loco. Sin embargo el anciano doctor también mostró calma ante el éxito de su experimento mientras ella preguntaba qué sucedía con sus amantes.

VII

En la celda el demente facultativo se explicaba con cierta pena ante la muchacha.

-Al menos me llevaré a la tumba el consuelo de ver cómo una muerta revive -dijo el médico- y la muerte de tus amigos tiene una respuesta. Besos, sudores, relaciones íntimas provocan que tú les envenenes como quien contagia una enfermedad. Si no quieres causar más crímenes, debes evitar contacto con los seres humanos porque los poros de tu piel rezuman sustancias nocivas. Deberías llamarte Tóxika en lugar de Madame Mirella de Gouldmont. No puedes hacer nada para luchar contra esa maldición. Si conoces a un hombre, debes rehuir el máximo roce posible.

Enfurecida ante aquellas palabras semejantes a una sentencia, la muchacha clavó sus uñas venenosas en la mano del anciano, quien profirió un ahogado gemido.

-¡He ahorrado trabajo al verdugo! -exclamó la mujer.

Y mientras el doctor se tambaleaba en su celda Mirella abandonó la prisión. El día antes de su ejecución murió en la cama. Y lógicamente en la autopsia se descubrió que alguien había envenenado a la víctima, pero se preguntaban quién era en aquella prisión.

VIII

Madame Mirella se quedó por unos días en su mansión y siguió los consejos de su monstruoso médico, pero también era humana y deseaba tener a un hombre en su vida. Intentó buscar la solución a través de otros facultativos y brujos aunque debiese ir con cuidado pues su historia era demasiado fantástica y pensarían que estarían ante otra demente. Parecía que conviviría con esa enfermedad el resto de su vida.

Sobre sus posteriores aventuras en exóticos países, viajes e intentos por curarse su extraña madición se ha hablado mucho en círculos aristocráticos. Se murmuraba que el veneno prolongaba la vida de las células, por tanto permanecería joven y no envejecería al mismo ritmo de la gente.

Para combatir esa enfermedad llegó a trasladarse a la Rusia zarista antes de la Revolución y trabó amistad con Rasputín, quizás sus remedios pondrían fin a su sangre infectada. El “monje loco”, pues así era conocido en aquella empobrecida y hambrienta nación, solamente le dio una larga lista de antídotos para eludir el problema por unas horas, cuando tuviese una relación con un hombre,

sin embargo después el problema proseguiría. Antes de la llegada de los bolcheviques a San Petersburgo, la dama y los mayordomos abandonaron el extenso y frío país en el Oriente Express. En el lujoso compartimiento del tren, Mirella miraba con pesadumbre los nombres de los productos porque dependería de ellos el resto de su nueva vida.

Francesc Xavier Parera Gutiérrez